

## Desde el lugar del otro

Nicolás Rupcich

*El espíritu alienta fuera del espíritu*  
Antonin Artaud, 1925

En palabras del arqueólogo chileno Alfredo Prieto: “El Paine es un elemento “intrusivo” en el paisaje patagónico”; con esto él se refiere a cómo las capas geológicas que constituyen uno de los más grandes atractivos de la zona sur de Chile –Las Torres del Paine– son un hito que desde el punto de vista geológico pareciera estar completamente fuera de contexto. Los monumentales bloques de granito que componen este cordón montañoso emergen abruptamente desde la superficie terrestre hacia el cielo, generando uno de los escenarios más épicos del sur del continente Americano. Desde esta perspectiva, la geografía en esta zona, entonces es protagonizada por un elemento “foráneo”.

Al participar de la residencia CAB en Puerto Yartou, Tierra del Fuego, durante el comienzo del año 2021, surgieron una serie de preguntas en relación a cómo afrontar el territorio desde la producción de un discurso artístico en una instancia de estas características. Por lo general, las residencias artísticas pueden caer dentro del orden de críticas que hacen referencia al turismo cultural, al extractivismo y/o apropiacionismo. Es más común que extraño ver proyectos artísticos en el contexto del arte contemporáneo que se basen en una suerte de investigación o “periodismo artístico” donde se productivizan las problemáticas locales actuales o históricas, al ser posicionadas posteriormente en los contextos internacionales del mundo cultural occidental. Sobran los ejemplos de artistas europeos y norteamericanos en algún lugar recóndito del mundo, documentando, desde las costumbres, arquitectura, la miseria, desastres político-ecológicos, etc., para luego generar –desde una óptica privilegiada– un discurso que reflexiona sobre una supuesta condición del mundo.

¿Qué es lo que ocurre en el arte contemporáneo que predominan este tipo de proyectos en los cuales los artistas toman el rol de “investigador privado”? A primera vista pareciera ser un ejercicio muy rentable, que puede funcionar de manera opuesta: el/la artista periférico/a exportando inclemencias existenciales y de opresión cultural como un bien de consumo para el mercado primermundista. ¿Cómo se puede romper este círculo y trabajar en instancias donde se cruzan y transfieren fronteras ideológicas?, ¿Cómo poner en cuestión la condición de lo foráneo sin objetualizar las individualidades a nivel de mercancía?

Una vez en Tierra del Fuego, por el período que dura la residencia CAB, éste tipo de problemáticas se hizo cada vez más relevante precisamente al momento de encuadrar el territorio a través de la pantalla de una cámara. Esa pequeña superficie retroiluminada se vuelve un comprimido campo de batalla donde la mirada ya condicionada de un individuo, en tensión con el aparato cámara transformando lo que abarca en un contenido filtrado, y lo que el territorio es en sí mismo, se traduce en conjunto en una operación conflictiva de repensar “cómo se ve” y “qué es lo que se ve”, en el sentido de cómo los márgenes culturales que definen a un individuo delimitan lo que él entiende como su campo visual. La tensión que se genera en ese proceso, de hacer pasar el ojo y el territorio por un filtro, hace reflexionar sobre el sentido de pertenencia que uno tiene en relación a un lugar, lo cual a la vez determina el sentido de las imágenes que se producen. En palabras de Alfredo Prieto: “Un individuo es una conciencia de su territorio”, de manera que en el ejercicio de “ver” se despliega una óptica ideologizada de una región como un extenso manto sobre un “otro paisaje”.

En Chile, comúnmente se habla de “afuerino” en relación a las personas que se reubican de una región a otra y en general, el término tiene una connotación parcialmente negativa. En otros idiomas la palabra se puede confundir con “extranjero”, pero el “afuerino” no es necesariamente un agente externo que proviene de otro país, puede ser un individuo de la misma nación que se reubica en otra región del mismo país. Puede ser alguien que al compartir la nacionalidad, comparte a su vez historia, tradiciones, etc., pero en la relocalización geográfica se hacen visibles los roces culturales que genera la pertenencia a un territorio, lo que se hace más visible cuando el destino de relocalización se ubica en extremos geográficos agrestes. El “afuerino” es alguien que no ha experimentado el paisaje, no ha crecido bajo el rigor del clima de la zona y carece de conocimiento acerca de cómo se desarrollan las labores básicas de la vida cuando los recursos son limitados. Este término toma absoluto protagonismo en el contexto de una residencia artística al fin del mundo. ¿En qué momento comienza el sentido de pertenencia? ¿En qué momento se deja de ser un “afuerino”? Son preguntas que quedan presentes rondando lo que alcanza la vista en el extenso paisaje de Tierra del Fuego.

En conversación con Alfredo Prieto, quien nació y ha vivido en la zona austral de Chile durante toda su vida y ha investigado el territorio desde la arqueología, intentamos reflexionar sobre estas preguntas y cómo éstas se aplican a los pueblos originarios de esa zona. Surge la pregunta: ¿En qué cultura no existe un elemento foráneo que influya al desarrollo de la misma? Al parecer esto sólo sería posible en pueblos que habitan islas lejanas o territorios impenetrables por barreras naturales. Aparte de esos casos, pareciera que los intercambios desde el punto de vista de la arqueología han cumplido mayoritariamente la función de enriquecer las culturas, no sólo a través del intercambio de especias, sino también de mitologías y fuentes de conocimiento. Entonces, si cada cultura en cierto punto ha sido permeada por alguna influencia externa, ¿se podría hablar de un estado originario “puro”?, o dicho de otro modo; ¿hasta qué punto las identidades están compuestas de otras identidades?

Hay por lo tanto que precisar que desde los primeros intercambios de los pueblos ancestrales ha existido la figura –como indica Prieto– por un lado, del “afuerino atractivo”, donde por poner un ejemplo simple, se hacía ver en las parejas que se constituían con alguien proveniente de un lugar lejano, donde a lo externo, lo lejano, se le otorga un valor agregado, un interés mayor que a lo común y cotidiano. Por otro lado, existe al mismo tiempo la figura del “afuerino amenaza” que es en cierta medida la figura que mayor protagonismo ha tomado al momento de intercambios materiales y culturales en la actualidad. Desde la arqueología, en las investigaciones de terreno, al encontrar un material externo en una zona que no corresponde, por ejemplo, una piedra tallada con una técnica no vinculada a una región específica, implica un hallazgo que puede desembocar en una serie compleja de teorías que enriquece el relato histórico de una zona. Pero para los habitantes de hace miles de años, al encontrar esa piedra trabajada de otra manera, podría significar un elemento de alarma; un signo de presencia de un “otro” en el territorio que uno habita, puede tomar fácilmente el tinte de amenaza. Cuando en la actualidad ya existe conciencia de los posibles efectos devastadores que puede tener la presencia de agentes externos en un territorio, a nivel material e ideológico, es comprensible que la reacción de los actores locales sea en una primera instancia, defensiva.

En la actualidad, los intercambios son más expeditos, las materias se trabajan de una manera similar en todo el mundo –digamos productos a base de plástico– a diferencia de la antigüedad, donde las materias cargaban con datos mitológicos, culturales, etc. En directa relación a esta condición de la materia, uno de los grandes temores de hoy es la homogeneización cultural, lo que se hace visible en gran medida a través de los medios de comunicación. Pero frente a este temor es interesante plantear, a manera de desmitificar el

origen prístino y puro de toda cultura, que los intercambios culturales han sido parte del desarrollo de la gran mayoría de los pueblos (hayan tenido un efecto constructivo o destructivo), y esos intercambios entre agentes de distintas localidades fueron modulando la propia definición –actual– de identidad en cada cultura.

Es evidente que los avances de la técnica han tenido un impacto desbordado en el paisaje y las culturas, nadie puede ignorar los efectos acelerados del mundo globalizado, pero –aún en el sombrío escenario ambiental mundial– la pregunta sobre el “estado original” tiene validez en el sentido de cómo se define culturalmente un territorio. Es curioso, por ejemplo, ver cómo en ciertas regiones hace miles de años existían técnicas o ritos equivalentes a otras latitudes del mundo, fenómenos que hacen aparecer la pregunta si determinada técnica o rito proviene originalmente de un lugar u otro. Sí es que existen similitudes geográficas, culturales y sociales en distintas latitudes, en distintos periodos históricos, esto finalmente nos hace desembocar en la pregunta crucial en términos del contexto de “producción cultural”: ¿Se puede hablar de un lugar desde otro lugar?.

En relación a esto, el motivo de cruzar esta serie de interrogantes entre las disciplinas de las artes visuales y la arqueología tiene como objetivo entender que la producción cultural visual en la actualidad en su generalidad se ciñe a problemáticas de la contingencia, pero escasea la pregunta por ¿cuál es el origen y cuál será el destino de las imágenes? (pensando en un futuro distante), lo cual resulta paradójico en relación a la proliferación actual de los medios fotográficos que en su mayoría cumplen la función de generadores de imágenes desechables, en desmedro del “origen” del medio fotográfico que en un principio tenía el objetivo de conservar periodos temporales para ser desplazados en el tiempo hacia el futuro. Este fenómeno delata un comportamiento que se puede atribuir de la misma manera a la producción del arte visual contemporáneo, la que se concentra en una serie de ejercicios de “comentarios” sobre lo real, que muy probablemente se diluirán en la hiperproducción visual de nuestro tiempo.

En la arqueología –Prieto indica– se deducen los individuos desde su cultura material, alineándonos a esa metodología, entonces; ¿cómo se van a deducir las sociedades digitales en el futuro?, ya no por el tipo de madera o piedra que se utiliza para sus instrumentos, sino tal vez por el tipo de archivo o de código. Lo que pareciera asomarse como una posibilidad legible, es que la devastación y el impacto ambiental que han producido las sociedades sobrepobladas será probablemente el mayor vestigio material que dejaremos como herencia para el futuro. Una opción paralela, como plantea el artista y geógrafo norteamericano Trevor Paglen, serán probablemente los residuos espaciales de satélites que orbitan la tierra, los que permanecen por años en el espacio como testimonio de nosotros mismos. En cualquier caso, los indicadores que nos definirán de manera más evidente en el futuro se alinearán en el orden de hitos que harán visible nuestro impacto como agentes foráneos en localidades donde la vida humana no se presentaba de forma natural.

Es en relación a esta perspectiva que al desenvolverse uno como un agente foráneo en otro lugar, en primera instancia uno puede ser percibido como una amenaza, el “afuerino” que extrae las materias y líneas de pensamiento en desmedro del impacto que ese gesto tenga en la localidad de la cual se profita material o culturalmente. Esto enfocado en el contexto de las residencias y el arte contemporáneo, da a entender rápidamente porque las escenas culturales locales reaccionan dubitativamente de los objetivos de un afuerino en sus territorios. A pesar de esta postura condicionada primaria en la actualidad, hay que tener presente que, tanto como efectos negativos pueda tener la presencia de un agente externo, en la misma medida también los hay positivos.

Hay que tener presente que existe un gran potencial que reside en el efecto enriquecedor del intercambio cultural, que tiene su antecedente en los intercambios realizados por pueblos en la antigüedad los cuales tuvieron positivos efectos en el desarrollo de sus culturas. Al parecer –comenta Prieto– la pregunta interesante siempre proviene de “afuera”. Nacer y vivir en una zona determinada da como beneficio poder entender el territorio mejor que nadie, pero la desventaja es que puede surgir el efecto aletargador de la costumbre, donde ciertas cosas se dan por comunes pero que sólo frente al ojo foráneo pueden despertar preguntas que se mantenían en hibernación. Este es uno de los principales efectos enriquecedores que puede producir el intercambio cultural, donde se puede generar eventualmente una mejor comprensión de la realidad local gracias a la mirada de un agente externo.

Desde esta perspectiva pareciera lógico pensar que este efecto se puede dar a la vez en el “afuerino” mismo, en el sentido de que ciertas obsesiones, creencias, vínculos geográficos, sociales, familiares, etc. se ponen a sí mismas en cuestión al ser enfrentadas a un territorio ajeno. En ese sentido, resultaría interesante ver, por poner un ejemplo; un artista Alemán que al ir a un lugar en vías de desarrollo, regrese a su patria no hablando de ese lugar, sino que desde ese “otro lugar”, y afronte que es lo que sucede en su propio país, con una mirada “modificada” que eventualmente despertará posibles críticas de su territorio gracias al intercambio que vivió. ¿Por qué esto se da en tan pocos casos? Los artistas formados bajo una óptica eurocentrista claramente ven desde el centro hacia afuera. Lo que es necesario en esta época es que desde afuera se mire hacia adentro. Y en el caso de los artistas de la periferia, el vínculo con circuitos de otras periferias puede resultar probablemente más enriquecedor que someterse a la mirada centralista.

La figura del colonizador en tierras distantes o, del colonizado desplazado a los centros culturales del mundo, se ha seguido repitiendo desde hace siglos y es brutalmente impropio que se siga ejercitando esta manera de generar “materia cultural”. La objetualización y puesta en valor de individualidades, es un sistema que sustenta las convenciones y lugares comunes, que mantiene en funcionamiento una maquinaria que celebra y aumenta la brecha existente con lo “otro”. Es, finalmente, éste modelo que sigue teniendo vigencia en el circuito internacional del arte, el que genera ese rechazo frente a la figura del “afuerino”, tanto de la mencionada figura de la superestrella ensuciando sus manos en lugares recónditos, cómo el autóctono que se posiciona como nuevo talento internacional explotando los dramas y carencias que se viven en el margen que habita. Es por lo mismo necesario dar a torcer el paradigma del “afuerino”, o incluso del “extranjero”, de manera que se puedan habilitar espacios relevantes de impacto cultural para discursos que se alinean de manera más obtusa y compleja a estas problemáticas, fuera de las lógicas que bordean los discursos de tipo publicitario en busca de la reacción inmediata y efectiva.

En el contexto de una residencia al fin del mundo, el territorio, las fronteras ideológicas, la historia, el clima, entre un sinnúmero de elementos, se expanden hacia una inmensidad inconmensurable; el afuerino “pretencioso” intentará abarcar el territorio a manera de cosificarlo. Pero por el contrario, desde una óptica que no se alinee solamente con la productividad sistemática, la visita a un lugar de estas características sólo puede quedar en el orden de lo empírico, como un proceso que produce un impacto en las líneas de pensamiento que definen la identidad de un individuo. Entenderse a uno mismo como un agente foráneo es la problemática fundacional en este tipo de instancias y prácticas; no plantear una reflexión sobre la función de uno mismo como “afuerino” denota que las intenciones y motivos del desplazamiento e intercambios no provienen de una necesidad en primera instancia entenderse a sí mismo y a la condición de pertenencia vinculada a cierta manera de ver el mundo, sino con una lógica de capitalización de lo externo y ajeno.

El agente foráneo, entonces, debería generar una reflexión sobre su lugar, desde el territorio del otro, una reflexión sobre sus espacios, intereses y elementos que definen su identidad. Enfrentarse a un territorio ajeno debería ser de alguna manera similar a pararse frente a un espejo después de mucho tiempo sin haber visto la imagen de uno mismo. Poner los pies en otro territorio debiese ser el medio para ver el propio reflejo proyectado en el paisaje y ver cómo ese terreno modula la propia imagen para poder entenderla de una manera nueva.

Prieto menciona brevemente en nuestra conversación a Antonin Artaud, quien en sus "Cartas a los Poderes" escribe: "El espíritu alienta fuera del espíritu", verso que resume el gesto primario de lo que define al afuerino; alguien motivado por distintas razones a salir de un territorio –sea físico o emocional– para llegar a uno nuevo, en donde él, tal vez, carece del derecho de hablar con propiedad, pero que sí le permite hablar de sí mismo y posteriormente, de su territorio, de otra manera y desde "otro lugar".